

los que han combatido á Bernstein, han entendido todos su libro de la misma manera. Por el contrario, los que le defienden lo interpretan de modos muy distintos. Los unos ven en él una ruptura completa con los principios y las ideas actuales del Partido Socialista; los otros la confirmación del verdadero carácter del Partido, del cual no difiere más que en la forma exterior.

Todo esto hace que la crítica detallada del libro de Bernstein sea un trabajo difícil, desagradable é infructuoso. Pero el problema está enunciado, y es preciso resolverle. Procuraremos conseguirlo tratando de obtener cuantos resultados positivos podamos.

I

EL MÉTODO

a) Concepción materialista de la Historia.

El libro de Bernstein presenta varias fases de desarrollo; le sirven de preludeo los artículos de la *Neue Zeit*, origen de la discusión actual. Sus artículos sobre «la lucha del Partido Socialista y la revolución social» con la tesis del *objeto final y del movimiento*, expresión que después se ha hecho corriente, son considerados como una simple polémica contra Belfort Bax. Atacado sobre este punto, Bernstein dió á sus respuestas la forma de una polémica contra los «socialistas revolucionarios» del Partido, los Parvus, los Luxemburgo, los Plechanow.

Al principio de su libro, Bernstein aumenta aún más el círculo de sus adversarios. Pero se coloca todavía en el punto de vista marxista. La concepción marxista de la Historia ha sufrido una transformación, dice Bernstein; la mayoría de los marxistas no la notan, pero Bernstein se atreve á seguir su desarrollo; hay que deducir la concepción mar-

xista de la Historia en su forma perfecta y no en su forma primitiva.

Aquí vemos á Bernstein defender la doctrina de Marx contra la sinrazón de los marxistas. Se considera como el profeta venido, no para derogar la ley, sino para cumplirla.

Pero á medida que avanza, se enardece cada vez más; llegamos á la segunda fase: Marx y Engels han sufrido una transformación; y no solamente los marxistas, sino los propios Marx y Engels no se han dado cuenta de ella. Pero Bernstein la ha descubierto.

La doctrina de Marx debe ser reformada en el sentido de esta transformación, y del Marx mal inspirado hay que apelar al Marx mejor inspirado. Hasta aquí era moda entre los socialistas teóricos oponer Lassalle el bueno á Marx el malo; Bernstein varió las cosas, y á Marx el malo opone Marx el bueno. Pero no se contenta con esto; continúa y se exalta, se hace más agresivo y llega á la tercera fase: de Marx el bueno ya no queda nada; al contrario, Bernstein le rechaza completamente. El movimiento real de la evolución, según Bernstein, es diametralmente opuesto al que adopta Marx.

Esta es la frase más decisiva y más importante del libro. Al menos sabe uno á qué atenerse. Mas, por desgracia, Bernstein no se detiene aquí. El torrente que amenaza llevarse el edificio del marxismo, va á perderse en una digresión sobre las reformas del socialismo práctico, cuya necesidad ha sido universalmente reconocida lo mismo por economistas burgueses que por socialistas revolucionarios. Del torrente sólo resta un hilillo de agua, y el único resultado práctico de una exposición tan larga es una exhortación á no servirmos

de expresiones que puedan escandalizar á los burgueses.

Comencemos por examinar la primera fase del libro. Se trata del fundamento de la teoría marxista; es decir, de la concepción materialista de la Historia. «Por esos dos grandes descubrimientos—dice Engels en su *Anti-Dühring*—la concepción materialista de la Historia y el descubrimiento del secreto de la producción capitalista por medio de la supervalía, el Socialismo ha llegado á ser una ciencia.»

Estos descubrimientos no han creado el Socialismo moderno, pero han permitido fundar y edificar la doctrina socialista científica y metódicamente.

De estos dos descubrimientos, el que ha servido de base es la concepción materialista de la Historia. Ella es la piedra angular del marxismo, es decir, de la teoría socialista en el más alto grado de desarrollo que hasta ahora ha alcanzado.

Así, Bernstein parte en su obra de esta interrogación: el materialismo histórico ¿tiene algún valor? ¿Cuál es éste?

«La cuestión de la precisión del punto de vista materialista—declara—es la cuestión del grado de necesidad de los hechos históricos. Ser materialista es afirmar en primer lugar la necesidad de todo lo que ocurre. De este modo, un materialista es un calvinista sin Dios.»

La concepción marxista también era determinada, bajo la primitiva forma que revestía en el prefacio de la *Crítica de la Economía política*, es decir, que partía del principio de la necesidad de

los hechos humanos y mundiales. Pero Bernstein pretende que esta concepción ha sido restringida más tarde en *El Capital*, en el *Anti-Dühring* y finalmente en algunas cartas de Engels á principios del siglo.

«Vemos hoy la concepción materialista de la historia bajo un aspecto distinto del que tenía al principio, cuando fué presentada por sus promotores. En el espíritu de estos mismos ha experimentado una evolución, restringiendo ellos su significación absolutista. La idea fundamental de la teoría no perdería por esto nada de su unidad, mientras que la propia teoría ganaría en valor científico. Por sus mismos complementos se convierte realmente en una teoría de concepción histórica científica. Como base científica de la teoría socialista, la concepción materialista de la Historia sólo aumentada puede valer hoy día, y todas sus aplicaciones desechadas eventualmente sin miramientos, ó con miramientos insuficientes para su significación integral (influencia recíproca de causas y efectos de los factores materiales é ideológicos), es preciso corregirlas, ya emanen de los promotores de la teoría, ya de otras personas...»

«... El materialismo filosófico ó fisiológico es determinista, la concepción histórica marxista no lo es, y no atribuye á las bases económicas de la existencia de los pueblos una influencia determinante incondicional sobre las formas de esta existencia.»

Tal es, en sus líneas generales, la idea que se forma Bernstein de la concepción materialista de la Historia.

Si la examinamos más detenidamente, una cosa nos choca ante todo: Bernstein confunde dos cuestiones que deben estar rigurosamente separadas: por una parte, la de la concepción que Marx y Engels tenían del proceso histórico, y por otra, la de la exactitud de esta concepción. Afirma que Marx y Engels no han sido deterministas en historia más que al principio y que no lo fueron más tarde, y, por consiguiente, que la concepción determinista de la Historia es falsa y sin valor científico. Aunque las premisas fueran justas, negaría yo absolutamente esta conclusión.

La exactitud más ó menos absoluta de la concepción materialista de la Historia no depende de las cartas y los artículos de Marx y de Engels; sólo puede probarse por el estudio de la Historia misma. Bernstein puede hablar con desprecio de ese *cómodo término de escolástica*; yo comparto absolutamente la opinión de Lafargue, quien califica de escolástico el hecho de discutir la exactitud de la concepción materialista de la Historia en sí, en lugar de comprobarla por el estudio de la Historia misma. Esta era también la opinión de Marx y de Engels; lo sé por conversaciones privadas con este último, y encuentro la prueba de ello en el hecho, que parecerá extraño á muchos, de que ambos no hablaban sino rara y brevemente de los fundamentos de su teoría y empleaban la mejor parte de su actividad en aplicar esta teoría al estudio de los hechos.

No es menos importante observar que los marxistas que han seguido su ejemplo y se han ocupado de investigaciones históricas, jamás han estado en desacuerdo, ni entre sí ni con sus maestros, sobre lo que entendían por concepción materialista de la Historia.

No es que cada uno de nosotros aceptara todos los resultados obtenidos por los demás; más de un resultado obtenido por Engels y Marx es inaceptable actualmente. Pero los historiadores de la escuela marxista reconocen unánimemente que todas sus investigaciones confirman la descripción que Marx ha hecho del proceso histórico en el prefacio citado. Los que niegan carácter científico á esta concepción histórica no son historiadores.

Pero si Marx y Engels se hubieran colocado más tarde en otro punto de vista hubieran restringido su teoría, haciéndola, por lo tanto, más científica.

Aquí vuelve Bernstein á confundir dos cuestiones que tienen, es verdad, muchos puntos comunes, pero que hay que considerar separadamente si se quiere dilucidarlas y no perderse en el vacío. Bernstein considera idénticos el determinismo y la hipótesis de que el desarrollo de las fuerzas productivas determina el desarrollo de las condiciones sociales; pero esto es falso. Empieza por equivocarse cuando pretende que ser materialista es lo mismo que afirmar la necesidad de *todo lo que sucede*. Es indudable que el materialismo afirma la necesidad de *todo lo que sucede*, es decir, el valor de la ley de causalidad para todos los hechos experimentales; pero también hay filósofos idealistas que son de este parecer. Por consiguiente, aunque Marx y Engels hubieran restringido la potencia determinante de las condiciones de producción y reconocido á las ideas un movimiento propio independiente, esto no querría decir que su concepción de la Historia hubiera dejado de ser determinista.

Tomemos, por ejemplo, la concepción histórica de Buckle. Es bastante diferente de la de Marx. Buckle ignoraba todavía qué leyes económicas

distintas corresponden á diferentes formas sociales; para él, según la Economía política liberal, las leyes de la producción desarrollada de las mercancías eran las leyes naturales de toda forma de producción; no veía en la Historia más que dos factores: la naturaleza y el espíritu, y la creía determinada por el desarrollo del espíritu y el progreso de la ciencia. Si se considera este progreso como el de los descubrimientos é invenciones, la concepción de Buckle conduce á la de Marx. Pero Buckle estaba detenido por el punto de vista liberal que hemos indicado y que consideraba las leyes del modo de producción en vigor como leyes naturales. Desde este punto de vista, la sociedad no progresaba sino en cuanto se reconocían cada vez más claramente sus leyes naturales y se constituía la sociedad conforme á estas eternas verdades.

La concepción de Buckle es completamente distinta de la de Marx, y sin embargo, aquél permanece fiel al principio de la necesidad de *todo lo que sucede*.

Debemos, pues, considerar separadamente los dos juicios de Bernstein, afirmando, por una parte, que Marx y Engels han renunciado por fin al determinismo en su concepción de la Historia, y por otra parte, que han concedido escasa importancia al factor económico en el desenvolvimiento histórico. Mas no es posible exigir con excesiva severidad que las proposiciones en que Bernstein apoya su primer juicio sean terminantes. No olvidemos que el mismo Bernstein declara que el materialista es determinista.

La concepción marxista de la Historia era primeramente determinista; ¡y hubiera dejado en seguida de serlo! Sin embargo, Marx y Engels han

sido materialistas hasta el fin de su vida. ¿No es esto lo mismo que decir que al principio eran consecuentes y que más tarde no lo fueron?

Bien es verdad que este cambio, á los ojos de Bernstein, es un progreso desde el punto de vista científico, y exige de nosotros que aceptemos la concepción marxista en su forma inconsecuente y no en su forma consecuente.

Pero ¿qué es la ciencia? El conocimiento de las relaciones necesarias y naturales de los fenómenos. Luego los fenómenos que por su complejidad no hayan permitido descubrir aún sus relaciones necesarias, de modo que no podamos ver en ellos más que el juego del acaso y de lo arbitrario, caen fuera del dominio de la ciencia. El progreso de la ciencia consiste en limitar el dominio del acaso y de lo arbitrario, extendiendo el de la necesidad reconocida.

El gran mérito de Marx y de Engels consiste en haber hecho entrar, con más éxito que sus antecesores, los hechos históricos en el dominio de los hechos necesarios, elevando así la Historia á la categoría de ciencia. Y cuando esto han hecho, interviene Bernstein, pretendiendo que el progreso científico de Marx y de Engels ha consistido en suprimir el determinismo en la Historia.

Lo más extraño de todo esto es que Marx y Engels no se han dado la menor cuenta de esta radical transformación de su pensamiento. El mismo Bernstein declara que la concepción materialista de la Historia es la ley fundamental sobre la que reposa todo el sistema. Según Bernstein, Marx y Engels, en el curso de su evolución, hacen desviar al determinismo de esta ley fundamental; y, sin embargo, se quedan convencidos hasta el fin de su vida de

que han permanecido fieles á la misma concepción de la Historia! En la carta de Engels á C. Schmidt del 27 de octubre de 1890, mencionada por Bernstein, Engels le remite al «18 brumario, compuesto, en 1852, como un modelo de narración histórica desde el punto de vista materialista».

¡Qué fuerza demostrativa debería tener la prueba que pudiera forzarnos á admitir que la concepción marxista de la Historia no es determinista! ¿Y qué nos aduce Bernstein? *Nada, absolutamente nada.*

No podemos considerar como una prueba de este género la remisión al prefacio de *El Capital*. Marx habla en él «de las leyes naturales de la producción capitalista», pero, dice Bernstein, añade en seguida: «se trata de esas tendencias irresistibles cuya acción es ineluctable y necesaria». Bernstein se agarra á la palabra *tendencia* y dice: «Cuando se trata de *ley*, el concepto más elástico de *tendencia* sustituye al más rígido de *ley*». En la página siguiente se encuentra esta frase, citada con frecuencia: «*que la sociedad puede abreviar y dulcificar los dolores del alumbramiento de las fases de la evolución natural*».

La tendencia parece, pues, á Bernstein más flexible que la ley cuando ésta es una tendencia irresistible cuya acción es ineluctable y necesaria. Pero entonces, la tendencia ¿es otra cosa que una ley cuya acción está modificada y contenida por la acción de otras leyes? Los planetas tienen, en virtud de la ley de gravitación, la tendencia á caer sobre el sol, pero el efecto de la ley de gravitación está destruido por el de la ley de la fuerza centrífuga, que da á los planetas la tendencia á alejarse del sol. ¿Estas dos leyes, dejan de ser leyes natura-

les absolutas porque en este caso no se manifiestan más que como tendencias?

Pero la sociedad ¿no puede abreviar y dulcificar los dolores del alumbramiento de las fases de la evolución natural? Ciertamente, pero ¿cómo? Haciéndose cargo de la necesidad de estas fases.

Mas este acto no es una cosa arbitraria; depende de la naturaleza de nuestro intelecto, del poder de nuestros medios de investigación, del medio que determina nuestro punto de vista.

No puedo descubrir en ninguna parte la menor atenuación, la menor limitación del determinismo. ¿No confundirá Bernstein el determinismo con el mecanismo?

Sin duda, la evolución social no se verifica en ninguna parte mecánicamente; es el resultado de la acción y del esfuerzo de seres conscientes; no se verifica maquinalmente del mismo modo en todas partes. Pero ¿prueba esto que no sea necesaria?

Mientras Bernstein no presente mejores pruebas, declararemos que está en el error más completo cuando pretende que la concepción marxista de la Historia no es determinista.

Esta cuestión se relaciona algo con la del papel de las ideas en la evolución histórica, y Bernstein ha confundido las dos cuestiones. La evolución de la concepción marxista de la Historia ha consistido ante todo, según Bernstein, en la modificación del papel que Marx y Engels han atribuido al factor económico en la Historia. Tampoco suscribiría yo este juicio de Bernstein, y el propio Engels no tenía idea de esta evolución, pues de haberla tenido no hubiera designado en 1890 el 18 brumario como un modelo de narración histórica materialista. Ya no falta á Bernstein más

que interpretar la marcha de la evolución con arreglo á citas aisladas.

Bernstein partió del prefacio de la *Crítica de la Economía política*. En él se lee: «El modo de producción de la vida material determina de un modo general el proceso social, político é intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre quien determina su modo de existencia social, sino su modo de existencia social quien determina su conciencia.» Nota aquí Bernstein, entre otras cosas, que en la segunda de las frases citadas, *conciencia* y *existencia*, están opuestas de tal modo, que fácilmente se deduce de ellas que los hombres no son considerados sino como los instrumentos vivos de las leyes históricas, cuya obra llevan á cabo inconsciente é involuntariamente.

«Según la explicación que Engels da del materialismo económico en su obra de polémica contra Dühring, el hombre parece depender mucho menos de las condiciones de producción. Se expresa así viviendo Carlos Marx y en perfecta conformidad de miras con él. Dice que no hay que buscar las causas últimas de todas las transformaciones sociales y de todas las revoluciones políticas en el cerebro de los hombres, sino en las variaciones del modo de producción y de cambio. Luego, las causas últimas comprenden las causas secundarias de todo lo natural», etcétera...

¿Qué dice Engels en el pasaje citado? Declara «que la organización económica de la sociedad constituye siempre la base real, que explica sin apelación toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como las ideas religiosas,

filosóficas y otras de cada período histórico». De golpe se arrojaba al idealismo de su último refugio es decir, de la filosofía de la Historia; al mismo tiempo nacía y se encontraba una concepción materialista de la Historia para explicar la conciencia del hombre por su modo de existencia social, y no, como antes se había hecho, su modo de existencia por su conciencia.

Compárese este pasaje del *Anti-Dühring* con el citado más arriba del prefacio de la *Crítica*, y se verá que los dos dicen lo mismo casi textualmente. Hasta la frase en que se habla del modo de existencia social determinando la conciencia del hombre, se encuentra en Engels. Pero Bernstein pretende que, según la redacción de Engels, los hombres parecen depender mucho menos de las condiciones de producción, porque en Marx el modo de producción determina los fenómenos de la vida social, mientras que Engels los explica sin apelación. Confieso francamente que no puedo descubrir ni una diferencia entre las dos redacciones.

«En sus obras posteriores—continúa Bernstein—Engels ha limitado aún más la fuerza determinante de las condiciones de producción, principalmente en dos cartas impresas en el *Sozialistischer Akademiker* de octubre de 1895, escritas la una en 1890 y la otra en 1894.

«En ellas enumera Engels las instituciones judiciales, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, los conceptos religiosos, los dogmas, como ejerciendo su influencia sobre las luchas históricas, cuyas formas determinan en muchos casos de un modo preponderante. «Hay, pues—escribe Engels—innumerable fuerzas que se cruzan, un grupo consi-

derable de paralelogramos de las fuerzas, cuya resultante es el hecho histórico, resultante que á su vez puede considerarse como el producto de una potencia que obra como un todo inconscientemente y sin libre albedrío.»

¿En qué difiere esta opinión de la del prefacio de la *Crítica*, la cual conduce á Bernstein á afirmar que los hombres son considerados como instrumentos vivos de las leyes históricas, cuya obra realizan inconsciente é involuntariamente? Y por lo que se refiere á la determinación de las formas de las luchas históricas por medio de teorías y dogmas, ya ha hecho notar Marx en su prefacio á la *Crítica* que en el estudio de esta especie de revoluciones hay que distinguir siempre entre la revolución en las condiciones económicas de la producción, revolución material que puede comprobarse científicamente, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas ó filosóficas, en una palabra ideológicas, en las que los hombres se dan cuenta de este conflicto y ellos mismos le resuelven.»

¿Dónde está la diferencia entre 1852 y 1890? La manía que tiene Bernstein de desmenuzarlo todo es tanto más singular que precisa muy poco al exponer el resultado de la pretendida evolución de la concepción marxista de la Historia. «Cualquiera que aplique hoy la teoría del materialismo económico—dice—, está obligado á aplicarla en su forma más perfecta y no en su forma primitiva, es decir, que está obligado, juntamente con el desenvolvimiento é influencia de las fuerzas productivas y de las condiciones de producción, á tener muy presentes las nociones de derecho y de moral, las tradiciones históricas y reli-

gias de cada época, las influencias geográficas y otras influencias naturales, entre las que figura la naturaleza del hombre y de sus facultades intelectuales.»

Tener presente. ¿Puede darse una expresión menos precisa? Cualquiera que aplique la concepción materialista de la Historia y, por consiguiente, estudie la Historia desde el punto de vista material, debe naturalmente *tener presentes* todos esos factores. Las relaciones entre éstos, su acción recíproca, su función pasiva ó activa, todo esto es precisamente lo que se debe estudiar y explicar. Pero todo historiador debe hacer otro tanto, cualquiera que sea su filosofía; lo rebatible no es lo de *tener presente*, sino lo que de ello resulta. Pero examinemos más detenidamente cada uno de los factores á los cuales nos remite Bernstein. Junto á las fuerzas productivas y las relaciones de producción tenemos las nociones de derecho y de moral y las tradiciones históricas y religiosas. Pero, ¿qué son las tradiciones según la última definición de la concepción materialista de la Historia, sino el producto de formas sociales anteriores y también, por consiguiente, de modos anteriores de producción? Y pasa lo mismo con las nociones de derecho y moral, cuando son tradicionales y no resultan de la forma social del momento. Pero también las influencias naturales son un factor material. El mismo Bernstein dice: «Entre los pueblos prehistóricos, la naturaleza ambiente es la potencia económica determinante.» La naturaleza es, pues, el factor económico inicial. De modo que se pueden reducir, después de un examen más detenido, los factores que obran en la superficie de la Historia, á los cuales nos remite Bernstein, á los facto-

res económicos; llega, pues, á la conclusión de que no se puede explicar la Historia de una época tan sólo por su historia económica, sino que es preciso *tener presente* el conjunto de la evolución económica que la ha precedido y de sus resultados. Esto es justo, pero es precisamente lo que no han cesado de hacer Marx y los historiadores marxistas. Puede decirse que en Historia el método marxista es el único que considera ampliamente la prehistoria. El hecho de que el historiador materialista deba comenzar todas sus investigaciones *ab ovo*, es uno de los motivos que hacen su tarea más difícil que la de cualquier otro.

Podría discutirse si Bernstein quería decir que la concepción marxista de la Historia se ha modificado de tal suerte que ha exagerado al principio la influencia directa del modo de producción en vigor, haciendo poco caso de la influencia indirecta del modo de producción anterior. En efecto, los progresos de los estudios de Historia primitiva, apenas nacidos en la época de los comienzos del materialismo económico, han ejercido sobre él una influencia muy considerable. Puede seguirse bajo este aspecto la evolución de la teoría; ha sido comprobada por los autores mismos de la concepción materialista de la Historia (por ejemplo, Engels en la primera nota de la edición más moderna del *Manifiesto comunista*).

Por el contrario, la evolución que Bernstein hace realizar á esta concepción de la Historia no ha sido reconocida en ninguna parte por sus autores; Bernstein la ha deducido de la simple comparación de textos aislados sacados de sus obras, textos que, cuando no son equívocos, dicen todos lo mismo, y que hasta cuando podrían prestarse á diversas

interpretaciones, pueden fácilmente considerarse como teniendo la misma significación.

La argumentación de Bernstein puede muy bien caracterizarse por una metáfora tomada de las ciencias naturales, en las que las relaciones son más sencillas y manifiestas que en las ciencias sociales. Supongamos que un naturalista haya sostenido en sus primeras obras el principio de que la luz y el calor del sol son indudablemente el principio activo de la vida orgánica sobre la tierra. Más tarde se le pregunta si es verdad que pretende que la vegetación de un árbol depende tan sólo de la cantidad de luz y de calor que recibe directamente del sol. Responderá, como es lógico, que eso es absurdo, que su teoría no debe interpretarse así; que no ignora que la naturaleza de la semilla, del suelo, la alternativa de la humedad y de la sequedad, la dirección y fuerza de los vientos, etc., ejercen también influencia sobre la vegetación de los árboles.

Llega entonces un comentarista, que confunde la influencia directa del sol sobre la vegetación de las plantas con su acción como principio único de vida para la tierra, y que declara que la teoría de nuestro naturalista no debe entenderse en su forma primitiva y general, sino en su forma ulterior, restringida y, por tanto, mucho más científica. No comprende que la teoría bajo esta forma deja de ser científica; es un lugar común, familiar desde hace siglos á los campesinos.

Sucede lo mismo, aunque menos rigurosamente, con la evolución experimentada por la teoría de Marx y de Engels. La idea de que la Historia no está determinada solamente por los conceptos de moral y de derecho, las tradiciones y los factores

naturales, sino también por el modo de producción, no era necesario que Marx y Engels la descubrieran; ya era muy conocida en el siglo anterior, como pueden atestiguarlo algunos ejemplos que tenemos á la vista y cuyo número podría aumentarse fácilmente.

Montesquieu, nacido hace más de dos siglos, ya buscó en *El espíritu de las leyes* la influencia del modo de producción sobre las instituciones ideológicas. «Las leyes—dice en el capítulo VIII del libro XVIII—tienen una relación muy estrecha con la manera como los diferentes pueblos se procuran sus medios de subsistencia.» Y esta tesis la explica en los capítulos siguientes con mucha sagacidad en lo que concierne á los pueblos cazadores, á los nómadas, á los agricultores y hasta á los industriales.

Recientemente Kampffmeyer ha indicado en la *Neue Zeit* á J. Möser, quien ya ha insistido firmemente sobre la influencia del modo de producción en la vida intelectual. «La religión del minero—dice—difiere de las creencias del pastor.»

Hegel ha comprendido algunas veces con gran claridad la importancia que la infraestructura económica tiene para la superestructura política é ideológica. En su *Filosofía de la Historia* explicaba el cobarde federalismo de los Estados Unidos por sus condiciones económicas: «En lo que concierne á la organización política de la América del Norte, no se ve un fin claramente propuesto, y no se deja sentir la necesidad de una unión sólida, porque un verdadero Estado y un verdadero gobierno no se organizan más que cuando existe ya una diferencia entre las clases, cuando la riqueza y la pobreza han llegado á ser muy grandes, y las con-

21659

diciones sociales son tales que ya no se pueden satisfacer por los medios ordinarios una multitud considerable de necesidades. Pero América ya no se halla en ese estado, porque tiene siempre á su disposición el poderoso derivativo de la colonización y no cesan de afluir las muchedumbres á las llanuras del Mississipi. Si los bosques de Germania hubieran existido todavía, no se hubiera producido la Revolución francesa».

Lo que Bernstein nos presenta como el fruto del pensamiento de Marx y de Engels en toda su madurez, no es más que un concepto que existía mucho antes que ellos.

En presencia de todos estos hechos debemos alzarnos con todas nuestras fuerzas contra la manera como Bernstein describe la evolución del materialismo histórico. No es la concepción de Marx, sino la de Bernstein, la que se ha modificado en el sentido que acabamos de indicar, alejándose así de la concepción marxista.

Bien es verdad que esto no basta para probar que es errónea.

El punto de vista de Bernstein, si lo he comprendido bien, me parece que se acerca al de Bax, con el cual ya me he explicado en la *Neue Zeit*. Bernstein se distingue de Bax en que emplea una cronología distinta. Los dos están conformes en admitir que en la Historia de la humanidad la influencia de las ideas alterna con la de las condiciones económicas. Pero mientras Bax coloca la preponderancia de la iniciativa psicológica en el origen de la Historia, Bernstein rechaza esta idea. Para él, es precisamente en la época actual cuando el factor económico pierde cada vez más terreno.

«De modo que, cuanto más influyen los factores de distinta esencia (al lado de los factores puramente económicos) sobre la vida social, más se modifica también la acción de lo que llamamos necesidad histórica. Bajo este aspecto distinguimos en la sociedad moderna dos corrientes capitales. Por un lado se manifiesta una comprensión cada vez más clara de las leyes de evolución, y especialmente de la evolución económica. A esta comprensión se junta (siendo en parte su causa y en parte su consecuencia) la facultad creciente de dirigir la evolución económica. Por la misma razón que el físico, el factor natural económico se convierte, á medida que es comprendida su esencia, de dueño que era en servidor de los destinos humanos. Teóricamente, la sociedad se encuentra, respecto de la fuerza de impulsión económica, más libre que nunca, y sólo el antagonismo de los intereses entre sus diversos elementos (el poder de los intereses privados y comunes) impide el convertir esta libertad práctica en libertad teórica. Sin embargo, el interés colectivo domina cada vez más al interés particular, y proporcionalmente y en todas las partes en que esto ocurre, la acción inconsciente de los factores económicos disminuye. Su evolución se efectúa más fácilmente cada vez. Así es como individuos y pueblos sustraen siempre la parte más considerable de su existencia á la influencia de una necesidad contraria ó independiente de su voluntad.

»Porque los hombres prestan una atención siempre creciente á los factores económicos, parece que éstos desempeñan actualmente un papel más importante que nunca. Sin embargo, no hay tal cosa. Este error proviene de que en nuestros días el

motivo económico se manifiesta claramente, mientras que antes era casi incognoscible merced á toda clase de disfraces autoritarios é ideológicos.

«En ideología, no determinada por la economía y por la naturaleza obrando como factor económico, la sociedad moderna es mucho más rica que las sociedades pasadas. Las ciencias, las artes, la mayor parte de las relaciones sociales son hoy mucho más independientes de la Economía que en cualquiera época pasada. O con mayor exactitud: el grado de la evolución alcanzado actualmente deja á los factores ideológicos, y sobre todo á los éticos, el campo más libre que antes para una actividad independiente. Como consecuencia, la conexión causal entre la evolución técnico-económica y la evolución de las demás instituciones sociales resulta siempre más indirecta, y así es como las necesidades naturales de la primera determinan cada vez menos el desarrollo de la última.

«La *necesidad* de bronce de la Historia experimenta así una restricción que, digámoslo pronto, significa para la práctica de la democracia social no una disminución, sino un aumento y una calificación de sus deberes político-sociales.»

Aquí acabamos con las generalidades y llegamos á los puntos concretos, piedra de toque de toda concepción histórica.

Pero nos parece que estos hechos dicen poco en favor de Bernstein, aunque queramos considerar como exacta la exposición que de ellos hace. Pretende Bernstein que la sociedad moderna muestra una aptitud que va en aumento para dirigir la evolución económica; que la potencia económica natural es cada vez más avasallada por los hombres,

y que la sociedad se emancipa teóricamente de las fuerzas económicas. Aunque todo esto fuera exacto, ¿qué probaría contra el materialismo histórico (en la forma considerada por Bernstein como la primitiva)? Parece que aquí confunde la dependencia psíquica de las condiciones económicas con la dependencia económica. La cuestión consiste en saber si los problemas que se propone la humanidad, y su solución, están determinados por las condiciones naturales en medio de las cuales vive, ó si la humanidad puede proponerse problemas y resolverlos impelida por algún instinto misterioso.

La solución de la cuestión no depende de que la sociedad sea ó no dueña de las condiciones de producción. Si así fuera, el resultado sería distinto del que supone Bernstein.

No cabe duda de que los hombres sean mucho más dueños de las condiciones de producción con las instituciones económicas primitivas que con las instituciones económicas capitalistas; y que aquéllas eran más sencillas, más claras y, por tanto, más fáciles de comprender que éstas. Una familia de aldeanos que produce todo lo que necesita dispone completamente del modo de producción, en cuanto éste depende de factores sociales y no de factores físicos.

Sucedió casi lo mismo en los comienzos de la producción de mercancías. El artesano era, durante la Edad Media, en una ciudad provincial, casi un aldeano; y dependiendo de su clientela, sabía de un modo bastante preciso con arreglo á qué cantidades debía calcular su producción. El mercader intermediario y el desarrollo del comercio, que ha llegado á ser internacional, han cambiado todo esto. Las fuerzas económicas se trans-

forman entonces en formas sociales independientes del hombre y superiores á él, cuya acción tiene el poder de las fuerzas elementales de la naturaleza. Si el estado de dependencia en que se encuentra el hombre con respecto á esas fuerzas fuera idéntico á su dependencia psicológica del medio en que vive, idéntica á la determinación de su conciencia por su modo de existencia social, esta dependencia sería hoy mucho mayor que antes, y el valor del materialismo económico hubiera aumentado en vez de disminuir, como piensa Bernstein.

Estos hechos no le son desconocidos. ¿En qué se apoya, pues, cuando pretende que en la sociedad moderna el hombre domina cada vez más á las fuerzas económicas? En el seno mismo de esta sociedad podemos distinguir periodos en los cuales las fuerzas económicas dominan al hombre, y otros en los que éste cree, por el contrario, dominarlas. Los primeros son los periodos de crisis; los otros los periodos de alza económica.

Desde hace algunos años vivimos en uno de estos últimos periodos. ¿Bastaría esto á Bernstein para deducir una ley histórica de la *sociedad moderna* y la quiebra del materialismo histórico? En tal caso, su concepción de la historia moderna carece de solidez.

Pero ¿cuál es la *sociedad*, cuáles son los *hombres* que avasallan más cada vez á las fuerzas económicas? ¿Son los aldeanos, los artesanos, los pequeños comerciantes? ¿Son los asalariados? ¿O son acaso los pequeños capitalistas y los hidalgos lugareños? Todos llegan á depender cada vez más (tanto en los buenos como en los malos periodos) de un puñado de grandes capitalistas. Estos últimos for-

man *la sociedad, la humanidad*, que «se emancipa más cada vez de las fuerzas económicas».

Sin duda no se trata aquí para Bernstein más que de libertad teórica. En la práctica, la ahogan los conflictos de intereses existentes; éstos son á su vez dominados (en la sociedad actual, fijaos bien) por el *interés colectivo* que *prevalece progresivamente sobre el interés particular*.

No podía dar crédito á mis ojos al leer esto, y en vano busqué hechos que pudieran corroborar esta audaz proposición. ¿Dónde, en qué clase se ve que el interés colectivo prevalezca sobre los intereses de clase? ¿Es entre los agrarios que piden privilegios á grandes gritos? ¿Entre los artesanos y pequeños comerciantes, que quisieran ver prohibida toda medida económica racional? ¿Entre los grandes industriales, que se esfuerzan en hacer subir artificialmente los precios por medio de tarifas protectoras y de los *trusts*? Todos reclaman privilegios á costa de la colectividad y tratan de saquear al Estado y al consumidor. Este es todo el interés que se toman por la colectividad. La única clase que se interesa por la colectividad es el proletariado; no porque nosotros seamos mejores, sino porque el interés del proletariado coincide con el de la evolución social y porque en su calidad de clase inferior concluye por pagar á sus expensas todo privilegio concedido á las clases superiores. Puede decirse, por lo tanto, que todo aumento de las fuerzas del proletariado beneficia al interés general. Pero no es esto lo que quiere decir Bernstein, quien está convencido de que se llegará por una mayor moralidad y una visión más clara de las cosas á atenuar las desigualdades entre las clases.

Opina que en el estado actual del desarrollo económico, los factores ideológicos y más particularmente los factores morales tienen un campo de acción independiente más vasto que antes. Bernstein dice esto por temor á que se interprete mal su frase de «que las ciencias, las artes, la mayor parte de las relaciones sociales son hoy mucho más independientes de la Economía que en cualquier época pasada». La frase no deja por eso de ser equívoca. ¿De qué clase de independencia se trata aquí? ¿Quiere decir Bernstein que la conciencia del hombre depende hoy menos de su modo de existencia social, que el medio influye menos en la vida psíquica, que existen hoy problemas que los hombres se proponen de buen grado ellos mismos, inventando para solucionarlos un método á su gusto y determinando su solución á voluntad? Entonces su frase no es más que una afirmación sin pruebas de lo que quiere demostrar. ¿O quiere decir que las ciencias, las artes, la moral sufren hoy menos que nunca la influencia inmediata de las fuerzas económicas momentáneamente dominantes?

¿No equivale esto á pretender que las demás fuerzas, que en ellas influyen, aptitudes naturales, ideas recibidas, tradiciones, son más poderosas que nunca, en una época en que el hombre domina más que nunca á la naturaleza, en que las diferencias de razas se atenúan cada vez más, gracias á las relaciones internacionales, en que reina un modo de producción que revoluciona sin cesar las relaciones sociales, destruye todas las tradiciones antiguas é impide que se formen otras nuevas?

¿O quiere decir Bernstein que los intelectuales

dependen hoy económicamente menos de los poderes dominantes y que pueden ejercer su acción más independiente que antes? Pero desde que existen las diferencias de clase hasta la época capitalista, la inteligencia ha sido siempre el patrimonio de las clases directoras y poseedoras. O bien los elementos inteligentes formaban la única clase directora, como sucede siempre al principio de la división de la sociedad en clases, como sucedió en la Grecia clásica; ó bien constituían, al lado de la casta guerrera, una casta particular, la casta religiosa. Es sabido el poder que supieron conquistar estos ideólogos. ¿Quién no conoce la soberanía universal de la Iglesia en la Edad Media? Solamente el modo de producción capitalista es quien ha privado á los intelectuales del poder y los ha convertido en asalariados al servicio de los capitalistas. Los ideólogos no han dependido nunca tanto como ahora de las fuerzas económicas.

Aunque este hecho esté en contradicción con la tesis de Bernstein, creemos haber encontrado en él el motivo que permite dar á esta tesis una interpretación conforme á la realidad de los hechos.

Los intelectuales han dejado de ser clase directora. Además, teniendo intereses particulares de clase, han dejado de ser una clase homogénea. Forman un grupo de individuos que tienen los intereses más diversos. Como se ha observado muchas veces, estos intereses se confunden en parte con los de la burguesía y en parte con los del proletariado. Además, su grado de cultura les hace los más aptos para considerar desde lo alto la evolución económica. No siendo impelidos por intereses de clase claramente definidos, obrando á me-